

The book cover features a stylized illustration of a man's face, likely representing the poet Nadezhda Mandelstam. The face is rendered in shades of teal and white, with a prominent white beard and mustache. The man's eyes are closed. The background is a brown, textured cityscape with various architectural elements like windows and doorways. A thin black rectangular border frames the central text and the man's face.

Anna Ajmátova

MANDELSTAM

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves
y Arturo Peral

«Conocí a Ósip Mandelstam en La Torre de Viacheslav Ivánov en la primavera de 1911. Entonces era un muchacho flacucho con un lirio de los valles en el ojal, con la cabeza bien alta, de ojos llameantes con pestañas larguísimas. Lo vi por segunda vez en casa de Tolstói en Staro-Nevski, él no me reconoció y Alexéi Nikoláievich se puso a indagar sobre la mujer de Gumiliov, y él le mostró con las manos cómo era de grande el sombrero que yo había llevado en esa ocasión. Me asusté por si sucedía algo irreparable y me anuncié. Ese fue mi primer Mandelstam, el autor del tierno Piedra (ed. Akmé) con esta dedicatoria: «A Ania Ajmátova, chispazos de conocimiento en la desmemoria de los días. Respetuosamente, el Autor».

Índice de contenido

Cubierta

Mandelstam

Nota de los traductores

Páginas de un diario sobre Mandelstam

Esbozo del natural

Sobre el taller de los poetas

El taller de los poetas, 1911-1914

CARTAS

Carta de Nadezhda Ya. Mandelstam y Ósip E. Mandelstam

De Anna A. Ajmátova

POEMAS

Ósip Mandelstam

Anna Ajmátova

Sobre la autora

Notas

Nota de los traductores

Dicen algunas teorías de traducción de poesía que aquello que rima en el original debe rimar en la traducción. También hay quien dice que, si traducimos poesía, no traducimos de una lengua a otra, sino de un poema a otro poema. Quienes esta traducción firman han intentado mantenerse fieles a estos dos principios; por eso, en el caso de los poemas de Mandelstam el lector encontrará rima en casi todos los poemas. En los pocos casos en los que no, se debe a que el contenido, el significado de las palabras elegidas por el poeta, les ha parecido a los traductores mucho más importante que el recurso de la rima, así que han primado otros elementos (ritmo interno, número de sílabas de los versos) para procurar que los poemas no dejen de serlo. Y este ha sido el criterio seguido también en el caso de los de Anna Ajmátova, aunque solo uno de los tres tenía rima en el original.

Para terminar, los dos traductores quieren expresar su agradecimiento a Celia Sánchez-Nieves Plana, cuya ayuda y aportaciones fueron primordiales en la primera fase de la revisión de las páginas de los diarios de Ajmátova.

PÁGINAS DE UN DIARIO SOBRE MANDELSTAM

I

... 28 de julio de 1957

... y la muerte de Lozinski^[1] de alguna forma cortó el hilo de mis recuerdos. No me atrevo a recordar algo que él ya no puede confirmar (sobre el Taller de los Poetas, el acmeísmo, la revista *El Hiperbóreo*, etc.). A causa de su enfermedad, los últimos años nos vimos muy poco, y no me dio tiempo a terminar de hablar con él de algo muy importante y a leerle mis versos de los años treinta (es decir, *Réquiem*). Es muy probable que por eso él, en cierta medida, continuara viendo en mí a aquella a la que una vez conoció en Tsárskoie Seló. Algo que averigüé en 1940, mientras mirábamos juntos las correcciones de la antología *De seis libros*.

Algo parecido me sucedió con Mandelstam (quien, claro está, conocía todos mis versos), pero de una manera diferente. No sabía recordar, más bien para él recordar era un proceso —al que no voy a poner nombre ahora—, uno que no cabe duda de que estaba cercano a la creación. (Un ejemplo: San Petersburgo en *El ruido del tiempo* visto con los ojos resplandecientes de un niño de cinco años).

Mandelstam era uno de los interlocutores más brillantes: se escuchaba no solo a sí mismo y respondía no solo a sí mismo, tal como hacen ahora casi todos. Al hablar era cortés, agudo e infinitamente variado. Nunca oí que se repitiera o que hablara con temas manidos. Ósip Mandelstam aprendía idiomas con increíble facilidad. Recitaba de memoria en italiano páginas y páginas de *La divina comedia*. Poco antes de morir le pidió a Nadia que le enseñara inglés, del que no sabía nada. De poesía hablaba deslumbrando, con pasión y, a veces, era extraordinariamente injusto, como con Alexander Blok, por ejemplo. De Pasternak decía: «Pienso tanto en él que estoy hasta cansado» y «Estoy seguro de que no ha leído ni una sola de mis líneas». De Marina: «Soy anti-Tsvietáieva».

Con la música se sentía como en casa, algo que es una peculiaridad realmente rara. Lo que más temía en el mundo era su propia mudez. La llamaba asfixia. Cuando lo sorprendía, se agitaba espantado e inventaba motivos absurdos para explicar el desastre.

Su segunda y frecuente aflicción eran los lectores. Continuamente le parecía que gustaba justo a los que no debía. Sabía bien y recordaba versos ajenos, a menudo se quedaba prendado de líneas sueltas, memorizando con facilidad lo que le leían. Por ejemplo:

En el barro tibio tras el paso de los corceles
cae el vestido blanco del hermano de la nie-
ve...[2]

Solo lo recuerdo en su voz. ¿De quién es?

Le gustaba hablar de lo que él llamaba su «estatuismo». A veces, deseando entretenerme, me contaba disparates agradables. Como los versos de Mallarmé «*La jeune mère allaitant son enfant*», que en su primera juventud había traducido así: «La joven madre que amamanta en sueños»[3]. Nos hacía reír tanto que nos caíamos sobre el diván de Tu-

chka,^[4] al que le sonaban todos los muelles, y soltábamos carcajadas hasta que nos daba un síncope, igual que a las muchachas de la pastelería^[5] en el *Ulises* de Joyce.

Conocí a Ósip Mandelstam en La Torre de Viacheslav Ivánov en la primavera de 1911. Entonces era un muchacho flacucho con un lirio de los valles en el ojal, con la cabeza bien alta, de ojos llameantes y pestañas larguísimas, casi hasta las mejillas. Lo vi por segunda vez en casa de Tolstói en Staro-Nevski; no me reconoció y Alexéi Nikoláievich se puso a hacerle preguntas sobre la mujer de Gumiliov, y él indicó con las manos cómo era de grande el sombrero que yo había llevado. Me asusté por si sucedía algo irreparable y me di a conocer.

Ese fue mi primer Mandelstam, el autor del tierno *Piedra* (ed. Akmé) con esta dedicatoria: «A Anna Ajmátova, chispazos de conocimiento en la desmemoria de los días. Respetuosamente, el autor».

Con esa encantadora autoironía propia de él, a Ósip le encantaba contar que el viejo judío dueño de la tipografía donde se había imprimido *Piedra*, al felicitarle por la aparición del libro, le había estrechado la mano y dicho: «Joven, usted escribirá cada vez mejor».

Lo veo entre la niebla-humo ligero de la isla Vasílievski y en el antiguo restaurante Kinshi (esquina de la Segunda Línea con la avenida Bolshói; ahora hay una peluquería), donde cuenta la leyenda que una vez Lomonósov se gastó en bebida un reloj del estado, y a donde nosotros (Gumiliov y yo) a veces íbamos a desayunar desde Tuchka. En Tuchka no hubo ninguna reunión ni podría haberla habido. No era más que la habitación de estudiante de Nikolái Stepánovich, donde no había ni donde sentarse. La descripción de las *five-o-clock* en Tuchka (Gueorgui Ivánov,^[6] *Los poetas*) es un invento de la primera a la última palabra. N. V. Nedobrovo no cruzó el umbral de Tuchka.

Este Mandelstam es el colaborador generoso, si no es el coautor, de *Antología de tonterías clásicas*, que los miembros del Taller de los Poetas componían (casi todos excepto yo) a la hora de la cena: «Lesbia, ¿dónde has estado?», «El hijo de Leónidas era un avaricioso».

—Peregrino, ¿de dónde vienes? —De casa de Shilei.^[7]

Vive de maravilla, siempre hay ganso para comer,

le basta con rozar un botón y ya tiene la luz.

Si en Cuarta Rozhdéstvenskaia tienen tal categoría,

te ruego, peregrino, di, ¿quiénes viven en la Octava?

Creo recordar que es un trabajo de Ósip. Zenkévich es de la misma opinión.

Epigrama sobre Ósip:

Ceniza en el hombro izquierdo, y calla—

¡El terror de sus amigos!— El áureo-dentado.

(Era «El terror de los mares —el unidentado»).

^[8]

Es posible que fuera Gumiliov quien lo compuso. Cuando fumaba, Ósip siempre hacía por lanzar la ceniza por encima del hombro, pero lo habitual es que le creciera un montículo de ceniza en el hombro.

Quizá merezca la pena no olvidar los fragmentos de la parodia de un famoso soneto de Pushkin («El severo Dante no despreciaba el soneto») compuesta por el Taller:

Brussoff^[9] los sonetos jamás despreciaba,

con ellos Ivánov coronas tejía,

su son al esposo de Aneta gustaba,

Voloshin gruñía, mas con simpatía.
 A otros poetas sus virtudes prendaban,
 y Kuzmín de cochero los elegía
 cuando raquetas y volante olvidaba,
 y perseguía a Blok, cual caballería.
 Vladímir Nárbut, ese ser tan lupino,
 No recuerdo
 ... , con levita metafísica envolvió
 y para él de Morávskaja desdeñó
 Zenkévich hasta el rocío diamantino.

Y estos también son versos (letrillas) sobre esos viernes
 (creo que de V. V. Guippius):

1

Cada viernes en *El Hiperbóreo*
 eclosionan rosas literarias

 Mijaíl Lozinski entra cual coloso
 fumando y haciéndose el bromista,
 y colma con gesto cariñoso
 a su cría, su querida revista.

2

Nicolái Gumiliov la pierna
 acaba de levantar
 para una romántica siembra
 de perlas que esparcirá.
 Por más que en Tsárskoie Liova llore.
 Nicolái Gumiliov la pierna
 acaba de levantar.

3

Con mirada triste y atrayente
 a sus huéspedes Ajmátova examina.
 Su tez de perfume fragante
 a la piel de la almizclera imita.
 Mira los ojos de todos los silentes...

4

....., Mandelstam Iósif,
 en un landó acmeísta subido...

Hace poco se han encontrado unas cartas de Ósip Emílievich a Viacheslav Ivánov (año 1909). Son las cartas de un participante en la Proakademia^[10] (de La Torre). Es el Mandelstam simbolista. De momento no hay indicios de que Viacheslav Ivánov le respondiera. Las escribió un chico de dieciocho años, pero podría jurarse que el autor de estas cartas tiene cuarenta. Hay numerosos versos. Son buenos, pero no tienen lo que nosotros llamamos Mandelstam.

Las memorias de la hermana de Adelaida Guertsyk^[11] confirman que Viacheslav Ivánov no nos aceptaba. En 1911 Mandelstam no tenía ninguna consideración por Viacheslav Ivánov. El Taller boicoteaba la Academia del Verso. Véase un ejemplo:

Viacheslav, Veslav Ivánov,
 robusto como una nuez,
 la Academia de Divánov
 ha puesto a rodar contra el Taller.

Cuando en 1914 Viacheslav Ivánov llegó a San Petersburgo, estuvo en casa de los Sologub en la calle Raziéz-

zhaia. Una tarde excepcionalmente solemne y una cena espléndida. En el salón, Mandelstam se me acercó y me dijo: «Me parece que un *maître* es un espectáculo grandioso, pero dos es un poco ridículo».

En los años diez nos acabábamos encontrando por todas partes, naturalmente: en las redacciones, en casa de conocidos, en los viernes de *El Hiperbóreo*, es decir, en casa de Lozinski, en *El Perro Vagabundo*, donde, por cierto, me presentó a Maiakovski. Una vez en *El Perro*, mientras todos cenaban ruidosamente y resonaba la vajilla, a Maiakovski se le ocurrió la idea de recitar versos. Ósip Emílievich se le acercó y le dijo: «Maiakovski, deje de recitar versos. Usted no es una orquesta rumana». Yo lo presencié (1912-1913). El ingenioso Maiakovski no fue capaz de responder, algo que contaba de forma muy cómica Járdzhiev. También nos veíamos en la Academia del Verso (la Sociedad de los Defensores de la Palabra Artística, donde reinaba Viacheslav Ivánov) y en las reuniones del Taller de los Poetas, hostiles a la Academia y donde muy pronto Mandelstam se convirtió en el primer violín. También entonces escribió el enigmático (y no muy acertado) poema «Un ángel negro sobre la nieve». Nadia^[12] afirma que habla de mí.

Respecto a este ángel negro el asunto es, creo yo, bastante complicado. El poema es flojo e incomprensible para el Mandelstam de entonces. Creo que nunca se publicó. Por lo visto, es el resultado de unas conversaciones con V. K. Shileiko, que le dijo algo parecido sobre mí. Pero Ósip por entonces «no sabía» (la expresión es suya) escribir versos «a una mujer y sobre una mujer». «Un ángel negro» es, probablemente, un primer ensayo, y así se explica su cercanía a mis líneas:

Ángeles negros de alas afiladas,
 el juicio final está muy cerca,
 como rosas en la nieve congelada
 florecen color frambuesa las hogueras.^[13]

Mandelstam nunca me recitó estos versos. Sabido es que las conversaciones con Shileiko le inspiraron el poema «El egipcio».

Gumiliov apreció a Mandelstam enseguida. Se habían conocido en París (v. el final del poema de Ósip sobre Gumiliov). Allí se decía que Nikolái Stepánovich iba empolvado y con sombrero de copa:

Pero en Petersburgo el acmeísta me es más
cercano
que el romántico Pierrot de París.

Los simbolistas nunca lo aceptaron.

Ósip Emílievich solía venir a Tsárskoie. Cuando se enamoraba, lo que sucedía con bastante frecuencia, varias veces fui su confidente. La primera que se quedó en mi memoria fue Anna Mijáilovna Zélmanova-Chúdovskaia, pintora, una beldad. Ella lo pintó sobre un fondo azul con la cabeza hacia atrás (¿en 1914?), en la calle Alexéievskaia. Él no le escribió versos a Anna Mijáilovna, de lo que se lamentaba amargamente: todavía no sabía escribir versos de amor. La segunda fue Tsvietáieva, a quien iban dirigidos los versos de Crimea y de Moscú; la tercera, Salomeia Andrónikova (Andréieva, y ahora Galpern, a la que Mandelstam inmortalizó en el libro *Tristia*: «Cuando, Solóminka, no duermes en la enorme alcoba...»). Recuerdo la espléndida alcoba de Salomeia en la isla Vasílievski).

Ósip Emílievich estuvo, en efecto, en Varsovia, y allí lo dejó estupefacto el gueto (M. A. Zenkévich también lo recuerda), pero del intento de suicidio que cuenta Gueorgui Ivánov ni siquiera Nadia ha oído hablar, y lo mismo sucede con su hija Lípochka, a la que se supone que ella dio a luz.

Al principio de la Revolución (año 1920), en un tiempo en que yo vivía en completa soledad y ni siquiera lo veía a él, estuvo un tiempo enamorado de Olga Arbénina, actriz del teatro Alexandrinski, que se había convertido en la es-

posa de Yuri Yurkun, y a la que escribió versos («Por no haber podido tus manos...», etc.). Aunque parecía que los originales se habían perdido durante el sitio de Leningrado, los he visto hace poco en casa de X.

A todas estas señoritas de antes de la Revolución (por cierto, me temo que a mí también) muchos años después las llamó «europeas dulces»:

Y de las bellas de entonces, de las europeas
dulces,
¡cuánta confusión, esfuerzo y pena habré recibido!

Para Olga Waxell fueron unos versos admirables: «En su fría cama de Estocolmo...». Y también: «Si quieres, me quito las válenki».^[14]

En los años 1933-1934, Ósip Emílievich estuvo tempestuosa y brevemente enamorado, sin ser correspondido, de María Serguéievna Petrovyj. A ella está dedicado, destinado para ser más exactos, el poema «Turca» (el título es mío), para mí el mejor poema de amor del siglo XX («Maestra de miradas culpables...»). María Serguéievna dice que había otro poema absolutamente mágico sobre una flor blanca. El manuscrito, por lo visto, se ha perdido. M. S. se sabe algunas líneas de memoria.

Espero que no haya que recordar que esta lista al estilo de un donjuán no supone una enumeración de las mujeres de las que Mandelstam fue íntimo.

La dama que «miró por encima del hombro» era a la que llamaban Biaka (Vera Artúrovna), por entonces compañera de S. Yu. Sudeikin, y actualmente esposa de Ígor Stravinski.

En Vorónezh Ósip trabó amistad con Natasha Shtémpel.

La leyenda de su entusiasmo por Anna Rádlova^[15] no tiene fundamento alguno.

El *archistrategos* entró en el iconostasio...
En la calma nocturna olía a Valerián.^[16]
El *archistrategos* me lanza preguntas
¿A dónde vas con esas [...] trenzas
y el raso radiante de tus hombros...?

Es una parodia de los versos de Rádlova, la compuso para divertirse maliciosamente y no *par depit*, y con espanto fingido me cuchicheó en casa de alguien: «¡Le ha llegado al *archistrategos*!», es decir, que alguien le había hablado a Rádlova de este poema.

Los años diez fueron una época muy importante en la obra de Mandelstam, sobre esto todavía hay mucho que pensar y escribir. (Villon, Chadáiev, el catolicismo...). Y sobre su contacto con el grupo Guilea^[17] deben verse las memorias de Zenkévich.

Mandelstam frecuentaba bastante las reuniones del Taller, pero para el invierno de 1913-1914 (tras la derrota del acmeísmo), empezamos a hartarnos del Taller e incluso presentamos a Gorodetski y a Gumiliov una solicitud —que escribimos Ósip y yo— para cerrarlo. Gorodetski redactó la resolución: «Hay que colgarlos a todos y encerrar a Ajmátova. Málaia, n.º 63». Esto ocurrió en la redacción de *Apuntes del Norte*.

Como recuerdo de la estancia de Ósip en San Petersburgo en 1920, aparte de los maravillosos versos a O. Arbénina, han quedado los carteles aún vivos de esa época, descoloridos como estandartes napoleónicos, de las veladas de poesía donde el nombre de Mandelstam está al lado de los de Gumiliov y Blok. Todos los viejos letreros de San Petersburgo estaban aún en su sitio, pero detrás de ellos no había nada excepto polvo, tinieblas y un vacío entreabierto. Tifus, hambre, fusilamientos, oscuridad en los pisos, leña húmeda, gente hinchada hasta volverse irreconocible. En el mercado de abastos podías hacer un gran ramo de flores silvestres. Se pudrían las célebres fachadas latera-

les de San Petersburgo. De las ventanas del sótano de Kraft aún llegaba olor a chocolate. Todos los cementerios habían sido saqueados. No era solo que la ciudad hubiera cambiado, sino que se había vuelto su completa antítesis. Pero a la gente le gustaba la poesía (mayormente a los jóvenes) casi tanto como ahora, es decir, en 1964.

En Tsárskoie, que por aquel entonces era *Détskoie ímeni továrischa Urítskogo*, es decir, renombrado en honor del camarada Uritski, casi todos tenían cabras; no sé por qué, pero todas se llamaban Tamara.

En los años veinte Tsárskoie era algo inimaginable. Todas las cercas se habían quemado. Encima de las tapas abiertas de las cañerías había camas oxidadas de los hospitales de sangre de la Primera Guerra; la hierba invadía las calles, caminaban y vociferaban gallos de todos los colores... El portalón de la casa, hasta hace poco magnífica, del conde Stenbock-Fermor estaba adornado con un cartel enorme: «Acaballadero». Pero, como cada otoño, en la calle Shirókaia los robles, los testigos de mi infancia, tenían el mismo olor acre, y los cuervos en las cruces de la catedral gritaban lo mismo que yo oía cuando pasaba por el jardín de la catedral camino de clase, y las estatuas en los parques nos miraban igual que en los años diez. En las figuras harapientas y terribles a veces reconocía a habitantes de Tsárskoie Seló. El mercado de abastos estaba cerrado.

Todos los compases y las liras de piedra.

Siempre me ha parecido que Pushkin hablaba de Tsárskoie Seló. Y más emocionante aún:

A las magníficas tinieblas del jardín ajeno,^[18]

es la línea más insolente que haya leído u oído nunca (sin embargo «oscuridad sagrada» tampoco está mal).